

LAS CIENCIAS EN LA UNAM:
CONSTRUIR EL FUTURO DE MÉXICO

Simposio 6

ADOLESCENTES Y JUVENTUD: DE HOY AL MAÑANA

JAVIER NIETO GUTIÉRREZ
Coordinador



Coordinación de la Investigación Científica
Universidad Nacional Autónoma de México

2015

Las ciencias en la UNAM: construir el futuro de México. Simposio 6: Adolescentes y juventud: de hoy al mañana / Javier Nieto Gutiérrez (coordinador). -- México : UNAM, Coordinación de la Investigación Científica, 2015. 384 pp. ; 26 cm.

ISBN:

1. 2. 3. 4.

I. Nieto Gutiérrez, Javier. II. III. IV.

???-????-?? Biblioteca Nacional de México

Primera edición: 1 de mayo de 2015

D.R. © 2015 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Centro Cultural Universitario, Avenida Insurgentes Sur 3000,
04510, Delegación Coyoacán, México, D. F.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Coordinación de la Investigación Científica

Dirección electrónica: www.paraelfuturo.unam.mx

ISBN: 978-607-xxxxxxxxx

ISBN de la colección: 978-607-xxxxxxxxx

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	
Javier Nieto Gutiérrez	11
<u>CONFERENCIA MAGISTRAL</u>	
Los jóvenes mexicanos: situación actual y desafíos futuros	
<i>Rodolfo Tuirán</i>	13
<u>LOS RETOS DE LA EDUCACIÓN</u>	
Los estudiantes desplazados: la universidad ante la globalización y la privatización	
<i>Imanol Ordorika Sacristán</i>	43
Transiciones y trayectorias juveniles	
<i>José Antonio Pérez Islas</i>	51
Pasado, presente y futuro de la juventud en México	
<i>Isabel Reyes Lagunes</i>	61
La educación, un reto permanente de la Universidad Nacional Autónoma de México	
<i>Miguel Monroy Farías</i>	65

ÍNDICE

Juvenilización de los estudiantes universitarios
María Herlinda Suárez Zozaya 75

CONFERENCIA MAGISTRAL

Los retos de la salud mental de los adolescentes y jóvenes
María Elena Medina Mora 83

LA SALUD Y LOS JÓVENES

Crecimiento físico y maduración biológica
¿Qué pasa en México?
María Elena Sáenz Faulhaber..... 93

La salud mental de los adolescentes de hoy
Corina Benjet 97

¿Cómo enfrenta la familia los retos en tiempos difíciles?
Guillermina Natera Rey..... 111

Jóvenes, estilos de vida y salud
Leonardo Reynoso Erazo..... 127

CONFERENCIA MAGISTRAL

Género, educación superior y ciencia
Norma Blázquez Blas..... 139

GÉNERO, SEXUALIDAD Y CULTURA

Cultura y género: la construcción de nuevos hombres y mujeres
Rolando Díaz Loving..... 155

ÍNDICE

Cultura juvenil <i>Pablo Fernández Christlieb</i>	177
Escolaridad y adopción de roles adultos en el ámbito privado de los jóvenes en México <i>Marta Mier y Terán</i>	185
Adolescencia y juventud: Reconsiderando y reposicionando el lugar de la juventud en la contemporaneidad <i>Maritza Urteaga Castro-Pozo</i>	193
Educación sexual en el contexto universitario. Actores involucrados <i>Susana Robles Montijo</i>	205

CONFERENCIA MAGISTRAL

Acerca de la educación y la desigualdad social <i>Humberto Muñoz García</i>	215
--	-----

EQUIDAD Y EDUCACIÓN

La escuela y la lengua hablada en comunidades rurales de la península de Yucatán <i>Cecilia Rabell Romero</i>	229
Los jóvenes en la actividad económica <i>Ana María Chávez Galindo</i>	241
Los hogares de los jóvenes mexicanos <i>Rosa María Camarena Cordova</i>	251

LOS ESTUDIANTES DESPLAZADOS: LA UNIVERSIDAD
ANTE LA GLOBALIZACIÓN Y LA PRIVATIZACIÓN

*Imanol Ordorika Sacristán**

A lo largo de los últimos 50 años, los movimientos juveniles se han dado como en oleadas. El más notable es el del 68 (francés, mexicano, italiano, alemán, estadounidense); se trata de una gran oleada de expresión estudiantil y juvenil en países europeos, así como en los Estados Unidos, en América Latina y en México, particularmente.

En los años ochenta del siglo pasado emergió una nueva oleada en México, España y Francia; asimismo, movimientos antiapartheid en Sudáfrica, que provocaron fuertes apoyos en los Estados Unidos, en los que participaron sectores de jóvenes que no necesariamente eran universitarios, sino que formaban un núcleo en torno a acciones alentadas por jóvenes de instituciones de educación superior.

Me pregunto, en el contexto de los últimos seis meses, si no estamos presenciando una nueva oleada. Hemos visto imágenes de los estudiantes ingleses tomando por asalto las oficinas del Partido Conservador en Londres, protestando por las alzas a las colegiaturas y por las reformas que intentan aplicar a la educación superior. Posteriormente, hubo grandes movilizaciones estudiantiles en Italia, en contra de un proyecto de reforma a las universidades italianas; lo mismo en Puerto Rico, donde en los últimos meses

* Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

han ocurrido dos huelgas contra el aumento en las colegiaturas y contra los procesos de privatización.

En México, parece que no pasan muchas cosas pero, como decía Porfirio Díaz, aquí “no sucede nada hasta que sucede” y ciertamente, por lo menos, hay inquietudes estudiantiles.

Hace poco se realizó una marcha desde el Parque de La Bombilla, donde se encuentra el monumento a Álvaro Obregón, hasta Ciudad Universitaria, en contra de la violencia —el fenómeno no es exclusivo de la sociedad mexicana, pero alcanza un grado más alto que en otros lugares—, a la que concurrió una gran cantidad de jóvenes (incluyendo a un contingente de la Facultad de Psicología).

Ahora bien, ¿qué es lo que pasa con esta oleada de manifestaciones estudiantiles?, ¿es signo de que los estudiantes están en contra de la privatización y de la mercantilización de la educación superior?, ¿qué es lo que ocurre cuando los jóvenes plantean una lucha en contra de este tipo de conceptos?, ¿qué está pasando en la universidad? Nosotros aún tenemos la noción de que la universidad pública (la Universidad Nacional en particular) es un espacio de convivencia, de participación y construcción del conocimiento, de formación de jóvenes, con una enorme legitimidad en la sociedad pero, sobre todo, que es el gran espacio de la movilidad social de los mexicanos.

No es claro que siga siendo ese espacio, pero ése es uno de los mitos fundacionales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) elaborado hasta los años cincuenta del siglo xx, cuando la universidad se convirtió en el motor de la expansión de las clases medias urbanas, formando profesionistas liberales (abogados, arquitectos, ingenieros, médicos) que se incorporaban a la construcción de las instituciones nacionales, muchas de las cuales no existían.

Años antes, con Vasconcelos en la rectoría de la universidad, nació la idea de crear la Secretaría de Educación Pública; tres décadas después, con Gustavo Baz, el plan de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Para bien y para mal, también de la UNAM salió la gran mayoría de jueces y abogados a ocupar puestos en el poder judicial de nuestro país; más aún, de allí egre-

saron los comunicadores más influyentes de los periodos autoritarios y no autoritarios. En fin, la universidad desempeñaba el papel de construir las instituciones del México moderno, muchas de las cuales no han sido desmanteladas del todo por los gobiernos mexicanos de las últimas tres décadas, instalados en la lógica de acabar con lo que queda del Estado de bienestar que existió a medias en nuestro país.

Ese Estado, además de fundar instituciones, promovía el ascenso en la escala social de los jóvenes tanto del campo (recién llegados a la ciudad), como los de sectores de trabajadores urbanos, mediante el acceso a una profesión que permitía alcanzar un nivel de vida mucho más alto. Este fenómeno, conocido como la “expansión de las clases medias mexicanas”, sigue siendo uno de los puntos más fuertes vinculados con la población de nuestro país cuando se piensa en la Universidad Nacional.

Esto continúa siendo un punto nodal del imaginario mexicano sobre la universidad, lo cual incluye a jóvenes y no tan jóvenes, a sus padres y a sus abuelos, quienes aún refieren el sentido de la experiencia que significa pasar por las aulas universitarias.

Hoy en día, contar con una profesión no representa lo mismo que en los años sesenta. Miles de jóvenes que pasan por la universidad y adquieren o no el título profesional —porque esto ocurre, no todos se gradúan— no llegan al mercado laboral en condiciones de integrarse a la clase media. Además, en este país, la clase media se ha reducido sostenidamente, limitándose las condiciones de vida de manera relativamente acelerada como consecuencia de las políticas de los gobiernos panistas y de los últimos gobiernos priistas.

Cabe preguntarse, ¿por qué permanece la imagen mítica de la institución?; y, por otra parte, ¿con qué nos encontramos en las aulas universitarias que provoca distintas reacciones entre los jóvenes?

Para empezar, quiero reconocer que no sé —creo que la mayoría de los adultos tampoco lo sabe— qué pasa por la cabeza de los jóvenes universitarios y de los jóvenes que no lo son. Me parece que es una incógnita que sólo ellos podrán resolver. El punto es que para la gran mayoría de los es-

tudiantes la llegada a la universidad es extremadamente chocante. En cambio, sólo un pequeño sector de jóvenes, ya sea porque sus padres asistieron a la universidad o porque trabajan ahí, la ven como lo que es ahora: un espacio donde los estudiantes no son el tema central desde hace años.

Actualmente, muchos centran su valoración de la universidad en el hecho de que es la casa de estudios que produce más de 30% de la investigación del país, la institución que soluciona los problemas nacionales, la que tiene a su cargo el Observatorio Astronómico Nacional, su equipo de fútbol, su orquesta filarmónica y la que da aliento a múltiples proyectos culturales; pero, esencialmente, se habla de la Universidad Nacional como ese gran espacio de producción de conocimientos e investigación que no tiene parangón en México ni, prácticamente, en toda América Latina.

Sin embargo, la enorme mayoría de los estudiantes no llega pensando en integrarse a la investigación; no tiene en la cabeza pasar rápido por la licenciatura, por ejemplo en psicología, incorporarse al posgrado y sumarse a un grupo de trabajo para dedicarse a hacer investigación.

Supongo que para ellos es más importante enfocarse en la lógica de la profesión que los llevará a obtener una vida satisfactoria, tanto en lo intelectual como en las condiciones materiales de desarrollo personal. Pero se encuentran con una universidad transformada —trastocada, diría yo, por lo menos desde los años ochenta del siglo xx—, en la cual se impuso una serie de lógicas externas como proyecto a seguir; un proyecto que hemos reproducido (incluso cuando defendemos nuestra institución) y que no es de nuestro país, sino uno construido bajo el modelo de la llamada “universidad de clase mundial” procedente de la universidad estadounidense, elitista, de investigación, vinculada estrechamente con la iniciativa privada, productora de patentes y de conocimientos que pueden transformarse rápidamente en mercancías; una universidad que, esencialmente, ha roto el equilibrio histórico entre producción de bienes públicos y privados que había en las universidades.

¿A qué me refiero? Un bien público es aquel que puede ser consumido por toda la sociedad. De manera que el papel de la universidad, como pro-

ductora general de cultura, de consciencia nacional y de identidad, la hace un bien público. Por otra parte, el título profesional es un bien privado que avala a los profesionistas que salen a competir en el mercado de trabajo. En esas condiciones, cuantos más títulos se emiten, más difícil se torna el ejercicio de la profesión.

Debemos señalar que, históricamente, las universidades siempre tuvieron esa característica. No sólo eran otorgadoras de licencias; es más, originalmente fueron productoras de bienes privados (los títulos, las licencias para ejercer), pero rápidamente se convirtieron en formadoras de ciudadanía, en inculcadoras de un conjunto de valores nacionales supuestamente compartidos; lo mismo que en espacio de politización y de comprensión del mundo, de expansión de horizontes para cientos de miles de jóvenes que pasan por las aulas universitarias.

Hoy, nos encontramos en un proceso —que lleva más de 20 años— en el cual las políticas públicas para el desarrollo de la educación superior han puesto el acento sobre el tema de la producción de investigación, especialmente en relación con la transición hacia mercancías o patentes que puedan ofertarse en el mercado. Un dato que corrobora esta condición es la distribución presupuestal en la Universidad: las partidas presupuestales para investigación son proporcionalmente mayores que las destinadas a la docencia.

El sector de investigación al que pertenezco, en el que vivo y me desarrollo, trabaja en condiciones privilegiadas comparadas con las de las facultades, en particular con las tareas de docencia, aunque no es un caso aislado.

Lo que ocurre es que tenemos un modelo importado que no tiene razón de ser, mucho menos en nuestro país, donde no hay mercado para los bienes que supuestamente podría producir la universidad. En los Estados Unidos, las universidades producen alrededor de 80 000 patentes al año, de las cuales aproximadamente 75% se logra licenciar y se convierte en algún bien cuyo destino es el mercado. En México, nuestras universidades producen pocas patentes; en conjunto, no llegan a 300 en un año. Aparte de eso, no hay mercado para la producción de conocimientos universitarios.

De esta forma, nos dicen que para algunas áreas (como la de humanidades) no hay mercado y para otras sí, pero también son extremadamente limitadas para la producción del Instituto de Ingeniería o de diversas áreas de las ciencias duras. En ese contexto, se ha instalado un sistema de “reglas del mercado”, y nos impusieron sistemas de pago por méritos, mal llamados incentivos, como el Programa de Primas al Desempeño del Personal Académico de Tiempo Completo (cuyo acrónimo es Pride) en la UNAM, y el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) cuya función es, básicamente, instalar grupos de académicos que asignan valor a los “productos” del trabajo académico.

Sabemos que éste es un concepto básico de economía marxista: el proceso de mercantilización, o de conversión de un objeto o una actividad en mercancía. Se le asigna valor a un bien escaso y con eso se vuelve intercambiable en el mercado. En el ámbito de la academia, les asignamos valor a los artículos y a los libros que publicamos, a las clases que damos, a las tesis que dirigimos, y se supone que por ello devengamos una parte adicional de nuestro salario en el Pride y en el SNI. Todo esto se orienta hacia la investigación. Entonces, los académicos de facultades e institutos están mucho más comprometidos con elaborar artículos y libros y publicarlos en el extranjero, debido a que contabilizan más puntos, los cuales se reflejan en el pago de los estímulos tanto del SNI como del Pride.

De modo que poco a poco y a través de los hechos, los estudiantes han dejado de ser el sujeto central de la actividad, las acciones, los recursos, así como de la definición de políticas y proyectos en la universidad. Quizás pueden ser preocupantes las tasas de titulación o de egreso, pero los estudiantes han dejado de ser el tema central, la preocupación fundamental, tanto de directivos como de académicos, salvo honrosas excepciones.

Quiero concluir con lo siguiente: si los estudiantes en el mundo han criticado la privatización de la educación y en México estamos viviendo la falta de construcción de nuevas universidades públicas —afortunadamente, la nuestra acaba de aprobar la fundación de un nuevo campus, después de 35 años de no incrementar sus entidades académicas, y sigue contribuyendo

a la matrícula de educación superior pública—, y la mayor expansión de la educación superior se hizo en el sector privado, quiere decir que avanza el proceso de privatización.

Anteriormente, nos quisieron cobrar cuotas pero no les fue posible imponerlas debido a la oposición de los estudiantes (ése fue otro proceso de privatización). He de advertir que se montó sobre ello el proceso de mercantilización, lo que ha orientado a la universidad hacia la producción de conocimientos e investigación, dejando de lado a los estudiantes. En el mejor de los casos, se percibe a los estudiantes sólo como investigadores potenciales, inmersos en un mito que nadie ha logrado probar: que la investigación favorece a la docencia. En esta universidad, creo que sería más fácil probar exactamente lo contrario.

Me parece, entonces, que los jóvenes tienen en sus manos la posibilidad de corregir el rumbo y la dirección de la Universidad, la cual debe recuperar la centralidad del estudiante y la formación profesional como elemento constitutivo. La nuestra no es un instituto de investigación, sino la Universidad Nacional Autónoma de México.